

Separaciones, divorcios y viudez en mujeres adultas.

Marisa Ponce.

Cita:

Marisa Ponce (2007). *Separaciones, divorcios y viudez en mujeres adultas*. IX Jornadas Argentinas de Estudios de Población. Asociación de Estudios de Población de la Argentina, Huerta Grande, Córdoba.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-028/6>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/eQa4/6Pq>

IX Jornadas Argentinas de Estudios de Población

Huerta Grande. Provincia de Córdoba. 31 de octubre, 1 y 2 de noviembre de 2007

“SEPARACIONES, DIVORCIOS Y VIUDEZ EN MUJERES ADULTAS”

Mag. Marisa Ponce *

Instituto de Investigaciones Gino Germani – marisa_ponce@fibertel.com.ar

Resumen

El objetivo general del presente trabajo apunta a conocer las experiencias de las mujeres adultas frente a los cambios en la vida conyugal y los itinerarios que han seguido sus trayectorias nupciales. Con tal fin, se analizaron datos primarios obtenidos en entrevistas en profundidad realizadas entre fines de 2004 y mediados de 2005 a mujeres casadas, separadas, viudas y divorciadas de 50 a 64 años de los estratos socioeconómicos bajos y medios de la Ciudad de Buenos Aires (30 casos). La recopilación de la información se llevó a cabo en el marco de una investigación más amplia de carácter exploratorio y descriptivo y diseño cualitativo, cuyo tema de estudio giraba en torno a la salud de las mujeres maduras. Los principales resultados muestran que, pese a los mandatos y las restricciones y prohibiciones de la época en que fueron socializadas, varias mujeres lograron poner fin a matrimonios insatisfactorios. La disolución de la unión, como consecuencia de la ruptura o de la viudez, si bien implicó mayores responsabilidades para las mujeres, también significó el debilitamiento de ciertos deberes y obligaciones, el acceso a una mayor autonomía y a un nuevo modo de experimentar la propia individualidad. Las ventajas adquiridas llevan a algunas mujeres a no considerar la posibilidad de establecer una nueva unión. Las que sí volverían a tener pareja, dicen que lo harían sólo si se cumplen ciertas condiciones como, por ejemplo, habitar en casas separadas, disponer de independencia económica, así como de tiempos y espacios propios.

* Becaria Doctoral del CONICET. Instituto de Investigaciones Gino Germani. FSOC. UBA.

Introducción

Los cambios en el estado civil que experimentan las mujeres ocurren en un contexto de profundas transformaciones en las pautas de formación de la familia e importantes cambios sociales y culturales –especialmente en el plano de las relaciones de género- que impactan en las condiciones de vida de muchas mujeres. Desde los años sesenta se observa un crecimiento sostenido de rupturas matrimoniales en las diferentes generaciones de mujeres. Esta tendencia, junto a la mayor longevidad femenina, permite suponer que cada vez sean más las mujeres que atraviesen experiencias de ruptura como consecuencia de las separaciones, los divorcios y la eventual viudez.

El tema del presente trabajo gira en torno a los cambios en el estado civil desde la perspectiva de las mujeres de edad avanzada cuyos matrimonios han sido disueltos en diferentes etapas de sus vidas. El objetivo general apunta a conocer las experiencias de las mujeres frente a los cambios en la vida conyugal y los itinerarios que han seguido sus trayectorias nupciales. Los objetivos específicos son: i) describir las vivencias de las entrevistadas en torno a las separaciones, los divorcios y la viudez, ii) analizar los efectos de esos acontecimientos en sus vidas, así como el impacto en las dinámicas familiares, iii) indagar las opiniones acerca de las ventajas y desventajas de tener pareja o no, iv) indagar la predisposición a establecer una nueva unión. La incorporación de la perspectiva de las mujeres adultas al estudio de estos temas resulta útil porque ellas son testigos del proceso de transformaciones familiares, sociales y culturales de las últimas décadas y protagonistas de la transmisión a sus hijos e hijas. En tal sentido, la aproximación a las experiencias de las mujeres que ya han atravesado una parte importante de sus vidas puede aportar algunos indicios que ayuden a pensar en las pautas familiares que adoptarán las jóvenes y ancianas en el futuro, aspectos estrechamente relacionados con la calidad de vida y el bienestar de las mujeres. Diferentes estudios dentro del campo de la demografía y la sociología han logrado avanzar en el conocimiento de estos temas, aportando una valiosa información, señalando los interrogantes que aún quedan por responder, y planteando la necesidad de incorporar diversos enfoques que permitan profundizar en los resultados encontrados y descubrir nuevos hallazgos (Wainerman *et al*, 1994; Mazzeo, 1998; Sana, 1999; López *et al*, 2000; Torrado, 2000; Binstock, 2004; Torrado *et al*, 2005). Desde un abordaje microsocio y una perspectiva sociocultural, el presente trabajo pretende colaborar con esas búsquedas. A continuación de esta introducción se realiza una breve referencia a los aspectos metodológicos, luego se describen algunas características generales de las entrevistadas y su núcleo familiar y en las

secciones siguientes se presentan los principales resultados: en primer lugar se analiza el momento de formación de las uniones y se describen aspectos de la vida conyugal y familiar tanto de las mujeres casadas como de las que están viudas, separadas y divorciadas; en segundo lugar se analizan los motivos y las experiencias de ruptura matrimonial de las últimas, así como los itinerarios que han seguido las trayectorias nupciales; en tercer orden se describen los cambios en las vidas de las mujeres; y en cuarto lugar se observa la predisposición a formar nuevas uniones. Por último se presentan las principales conclusiones del trabajo.

Metodología

Para cumplir con los objetivos planteados se trabajó con datos primarios obtenidos en entrevistas en profundidad realizadas entre fines de 2004 y mediados de 2005 a mujeres casadas, separadas, viudas y divorciadas, de 50 a 64 años, de los estratos socioeconómicos bajos y medios de la Ciudad de Buenos Aires (30 casos). La recopilación de la información se llevó a cabo en el marco de una investigación más amplia de carácter exploratorio y descriptivo y diseño cualitativo, cuyo tema de estudio gira en torno a la salud de las mujeres maduras. La técnica utilizada habilita el acceso a los testimonios subjetivos que permiten estudiar a las mujeres a la luz de su historia vital, de sus experiencias, de su visión particular y, a la vez, comprender estos aspectos como el reflejo de una época, de las normas y los valores sociales compartidos con la comunidad de la que las entrevistadas forman parte (Pujadas Muñoz, 1997). La conformación de la muestra tuvo en cuenta la edad de las entrevistadas, el estrato socioeconómico y la condición de haber sido madres de hijos nacidos vivos. Los estratos socioeconómicos bajos y medios se clasificaron a partir de los siguientes indicadores: el nivel educativo, la ocupación de las mujeres y/o de sus cónyuges, el tipo de cobertura médica (privada, obra social, hospital público) y el lugar de residencia. El procedimiento de muestreo no se realizó al azar ya que el estudio no persigue representatividad estadística. La selección de las unidades fue intencional, teniendo en cuenta las cualidades mencionadas más arriba. Los contactos se establecieron utilizando la técnica de “bola de nieve”. A las primeras entrevistadas se les solicitó referencias de otras mujeres que cumplieran con los requisitos de la muestra, quienes fueron invitadas a participar. El lugar de la entrevista fue establecido por las entrevistadas. Los encuentros fueron a solas con las mujeres y tuvieron una duración aproximada de una hora y media. Se realizó una única entrevista en cada caso. El tamaño final de la muestra estuvo dado por el criterio de saturación

teórica, que es alcanzado cuando ya no se obtienen nuevos conocimientos acerca de las dimensiones abordadas (Glasser y Strauss, 1967). Para la realización de las entrevistas se utilizó un guión con los temas a tratar, que incluía diferentes dimensiones que abordaban aspectos de la historia familiar, conyugal y reproductiva de las mujeres. Es válido señalar que debido a la naturaleza de la metodología utilizada, los resultados del presente trabajo corresponden únicamente a las entrevistadas en la muestra y no son representativos de la población de mujeres adultas. También es necesario advertir acerca de algunas limitaciones con respecto a la información analizada, puesto que las trayectorias nupciales no constituyen el principal tema de investigación sobre las mujeres adultas. En tal sentido, se carece de información detallada sobre la existencia de convivencia prematrimonial y el tipo de unión, legal o consensual, que formaron algunas mujeres luego de la ruptura matrimonial. Tampoco se solicitó a las entrevistadas que especificaran si la ruptura había sido consecuencia de un divorcio o de una separación de hecho, sino que se consideraron las respuestas espontáneas. No obstante, los testimonios recogidos dan cuenta de algunos indicios acerca de esos aspectos.

Características sociodemográficas de las entrevistadas y su núcleo familiar

La edad de las entrevistadas se sitúa entre los 50 y 64 años, pertenecen a las generaciones nacidas entre 1940 y 1955, es decir, que se formaron en las proximidades de la época en que importantes cambios vinculados a la formación de la familia comenzaban a intensificarse. Según los datos analizados por Binstock (2004), a partir de la generación de mujeres nacidas en 1960 se observa una sostenida tendencia a postergar la edad al matrimonio, así como un crecimiento sostenido de la consensualidad. Si bien las pautas de formación de la familia de la mayoría de las entrevistadas siguieron patrones de tipo tradicional puesto que todas las entrevistadas se unieron por vía del matrimonio y, en general, lo hicieron antes de cumplir los 25 años; sus opiniones y experiencias sobre la vida conyugal revelan la influencia de los cambios sociales y culturales que con el correr del tiempo fueron delineando las nuevas modalidades de vida en pareja. A medida que avanza la edad de las entrevistadas, aumenta la cantidad de mujeres que son viudas (8 casos) o están separadas y divorciadas (6 casos), si bien en la actualidad algo más de la mitad permanece casada en primeras nupcias (16 casos). El matrimonio constituyó el ámbito legal e institucional para la formación de la familia y casi todas las entrevistadas tuvieron su primer hijo al año siguiente de haber contraído matrimonio, siendo éste un acontecimiento esperado. La mayoría de las

mujeres tuvo dos o tres hijos, excepto dos entrevistadas de estratos socioeconómicos bajos que tuvieron cinco y dos entrevistadas de estratos medios que tuvieron uno -pautas reproductivas que reflejan los modelos diferenciales observados entre ambos sectores. En general, en la actualidad, el núcleo familiar es incompleto aunque en la mayoría de los casos todavía se observa la presencia de alguno de los hijos en el hogar (22 casos).

Diversos aspectos de la vida familiar incidieron en el rumbo que adoptaron las trayectorias educativas y laborales de las entrevistadas. Por un lado, la adscripción cultural de la familia de origen, así como la posición socioeconómica familiar, el orden de nacimiento de las mujeres, la cantidad de hermanos y las situaciones de muerte, enfermedad o separación de los padres, determinaron que algunas mujeres tuvieran que abandonar los estudios, e incluso comenzar trabajar desde pequeñas, para colaborar con la economía del hogar y con las tareas domésticas y de cuidados hacia los hermanos menores y otros familiares adultos. Siguiendo a Macintyre (1992) que señala la importancia de analizar la influencia de las variables familiares en la salud, es posible observar que la responsabilidad asumida por las entrevistadas de cuidar a otras personas, se vio reforzada a lo largo de sus vidas por la condición de hijas únicas, de hermanas mayores o menores, o de hermanas mujeres. Por otro lado, el comienzo de un noviazgo, el casamiento y el nacimiento de los hijos fueron otros aspectos que incidieron en la interrupción definitiva de los estudios o el abandono del trabajo remunerado, determinando la adquisición de un rol protagónico en las tareas de crianza y cuidado del hogar. No obstante, tanto los cambios en el estado civil producto de las separaciones, los divorcios y la viudez, como las situaciones de crisis económicas, determinaron que algunas mujeres tuvieran que volver a trabajar o iniciar la búsqueda del primer empleo a edades avanzadas. En la madurez de la vida, algunos cambios familiares que suelen acontecer en esta etapa, como la partida de los hijos del hogar, llevan a algunas entrevistadas a retomar proyectos postergados, que en ocasiones incluyen la finalización de los estudios.

La mitad de las entrevistadas no terminaron los estudios secundarios y la otra mitad los completó o cursó los primeros años de la universidad, aunque sólo una entrevistada es graduada universitaria. La escolaridad alcanzada por las entrevistadas es un aspecto que las diferencia de otras mujeres de su misma generación que sí han completado los estudios y son profesionales, lo cual supondría cierta heterogeneidad en los códigos con los que se identifican, vinculados a los distintos procesos de socialización y a las trayectorias educativas. En cuanto a la situación ocupacional, con excepción de tres entrevistadas que nunca trabajaron fuera del hogar, las demás han tenido empleos remunerados. En la actualidad, más

de la mitad trabaja (17 casos) y un tercio no trabaja (10 casos). Tal como lo demuestran las historias educativas y laborales, el margen de opciones femeninas era limitado. La educación preparaba a las mujeres para la vida en familia y el matrimonio, y la participación en la producción se configuraba en torno a la naturaleza del trabajo femenino: *“la mujer tenía que ser o profesora de piano o modista” [Elvira, 62 años, Viuda]*. Los testimonios de las mujeres también dan cuenta de otro tipo de condicionamientos vinculados con sus posibilidades de formación y desarrollo individual, como la influencia de la figura paterna en la elección de la carrera de estudio y el rechazo de algunos maridos a la participación de las mujeres en los ámbitos de la educación y el trabajo, aspectos que reflejan la incidencia de valores asociados a la cultura patriarcal: *“Me hubiera gustado seguir abogacía pero mi papá decía que la mujer no tenía que ir a la facultad” [Matilde, 64 años, Viuda]*. Las características señaladas, pueden interpretarse como indicadores de historias de vida de bastante postergación, y de las dificultades de algunas mujeres para defender los propios intereses.

Matrimonio, familia y vida en pareja

En la época en que las entrevistadas formaron sus uniones, el matrimonio aún se configuraba como el único modelo legítimo para el desarrollo de la vida conyugal y familiar, si bien -a diferencia de las décadas pasadas- las uniones ya no eran producto de alianzas familiares, sino de las propias decisiones de los miembros de la pareja, bajo el influjo del amor romántico. El imaginario del amor romántico, que surge con el comienzo de la modernización de las costumbres, supone la centralidad de los vínculos afectivos en la elección del compañero, así como la idea de la eternidad de la unión y el amor para toda la vida (Giddens, 1995). Tales valores se ven reflejados en los testimonios de las entrevistadas acerca de sus matrimonios: *“Yo te voy a comentar algo, que yo me casé enamorada (...) y así como nosotros somos de unidos, eso tratamos de inculcárselo a mi hijo” [Susana, 50 años, Casada]*. Pese a que no se indagó específicamente sobre la etapa del noviazgo y la existencia de un periodo de convivencia prematrimonial, los relatos de las mujeres tampoco dan cuenta de este último acontecimiento. Los noviazgos parecían desembocar directamente en el matrimonio que representaba uno de los aspectos más significativos de los proyectos vitales femeninos: *“Creías que si te casabas tocabas el cielo con la mano” [Matilde, 64 años, Divorciada]*. Sí fue posible constatar que la mayor parte de las mujeres se casaron con quienes fueron sus primeros novios formales que, en ocasiones, han sido las únicas personas con las que han mantenido relaciones sexuales: *“Él fue el único hombre de mi vida, yo no*

tuve relaciones con nadie más que con él, yo desde los 16 años empecé a salir con él, y a los 21 me casé, y yo estoy todavía al lado de él” [Adriana, 54 años, Casada]. Las normas sociales y los valores culturales de la época en que se formaron las mujeres determinaban numerosas coerciones y restricciones sobre el cuerpo y la sexualidad femenina, cuya práctica prematrimonial era moralmente inaceptada, y se estigmatizaba a las mujeres a las mujeres que no se comportaban de acuerdo a aquellos mandatos. El matrimonio otorgaba legitimidad a las prácticas sexuales. Sin embargo, el comienzo de las trayectorias reproductivas de la mayoría de las entrevistadas, que fueron madres inmediatamente después de haberse casado, permiten pensar a la sexualidad como una práctica indiferenciada de la reproducción: *“Yo me casé y fue mi primer novio, mi primer pareja, le pasaba a muchas chicas eh, él me hizo mujer, él me enseñó. Como yo quería ser mamá pronto, me sentía frustrada porque llegaba el tercero, cuarto mes que me venía la menstruación y me volvía loca porque yo quería tener un bebé (...) sí, quería, quería, ya en la primera relación, sí. Y después sí tenía que cuidarme porque era muy fácil quedarme embarazada” [Cristina, 64 años, Viuda].* Con excepción de unas pocas entrevistadas, que han alcanzado mayores niveles educativos, la convivencia sin hijos durante los primeros años del matrimonio no parecía formar parte de los proyectos de la pareja. Por ese entonces, todavía era inminente la incidencia de los cambios sociales y culturales que en la década de los sesenta comenzaban a producirse vinculados al plano de la sexualidad y los roles de género. En cambio, aún tenían peso ciertas herencias del pasado que otorgaban al matrimonio y la maternidad el carácter de únicos destinos femeninos posibles, aspectos que pueden estar asociados con el carácter tradicional de las pautas que siguieron esas uniones.

Bajo la influencia del imaginario del amor romántico que puso énfasis en ciertas cualidades femeninas, destacó el rol central de la mujer en el hogar, e idealizó la maternidad, luego del casamiento y del nacimiento del primer hijo, las entrevistadas adquirieron un papel protagónico en las labores domésticas y las tareas de cuidados, crianza y educación de los hijos. La maternidad, que desde el punto de vista de los estereotipos de género concede reconocimiento y un valor social a las mujeres (Viveros, 1999año), aparece en los discursos de la mayoría de las entrevistadas como la principal fuente de realización personal, que otorga sentido a sus vidas. Así lo expresan algunos relatos que aluden a la partida de los hijos del hogar: *“Y después de que mis hijos se fueron, se casaron, es como que me quedé sola...Y para mí todo terminó, me agarré una depresión terrible” [Norma, 59 años, Casada].* El hogar y la vida familiar se organizaban según el modelo tradicional de la división sexual del trabajo, que atribuye al varón la responsabilidad principal de proveer el sustento económico y asigna a la

mujer la responsabilidad de las tareas reproductivas. Si bien las entrevistadas han asumido las tareas de cuidados y crianza de los hijos como propio del rol de madres, expresan el esfuerzo que significó no contar con el apoyo de sus parejas en el desempeño de estas funciones. Aunque no se indagó específicamente acerca del papel de los cónyuges, los testimonios dan cuenta de su escasa participación y, al mismo tiempo, del apoyo de otras mujeres, principalmente sus madres. De acuerdo con los patrones señalados, el trabajo doméstico que incluye las tareas de limpieza, orden y funcionamiento del hogar, también se configuraba como una responsabilidad exclusiva de las mujeres, circunstancia que cuando era combinada con el trabajo fuera del hogar, representaba una carga todavía mayor, especialmente para las mujeres que no contaban con ningún tipo de ayuda: *“Mi marido siempre fue una persona de trabajar, siempre, todo el día, se iba a la mañana y venía a la noche... o sea que, si te ponés a analizar, fui mamá y papá. Reunión en el colegio, iba yo... la fiestita cuando actuaban, iba yo (...) aunque yo laburaba todo el día, ¿entendés lo que te quiero decir?” [Rosalía, 58 años, Casada].* Además, la suma de obligaciones que implicaba la doble jornada laboral restringía el acceso a determinados recursos como el tiempo y el espacio propios, dificultando la posibilidad de conciliar la vida familiar con la satisfacción de intereses y necesidades personales.

Los relatos acerca de las experiencias de la vida familiar, ponen de manifiesto que el matrimonio por amor, que supone el establecimiento de relaciones más equitativas en la pareja, no necesariamente implica el rechazo de la distribución desigual de ciertas responsabilidades. Como se verá más adelante, tales desequilibrios forman parte de las razones que llevaron a algunas mujeres a poner fin a sus matrimonios. Lo que se pretende destacar aquí es que los roles que cada miembro de la pareja asume inciden en la calidad de los vínculos conyugales, siendo éste último un indicador importante cuando se analiza la influencia de las variables familiares en la vida de las personas.

La calidad de los vínculos conyugales

Si bien se podría considerar que el matrimonio puede proveer seguridad y sustento a la mujer y, en contraste, la separación y la viudez pueden generar mayores riesgos y desventajas en la vejez, los testimonios de varias entrevistadas que están casadas revelan que el matrimonio no siempre supone ventajas ni representa un ámbito de contención y protección, favorable al bienestar de las mujeres. La escasa predisposición de los maridos para ocuparse de las labores domésticas, su menor participación en la crianza y educación de los hijos, y su

ausencia debido a las obligaciones laborales dejan sin apoyo a las mujeres, que ven disminuida su autoestima. Aún viviendo en pareja, muchas entrevistadas dicen que se sienten solas: *“A mi me gusta tener a mi pareja que me acompañe a todos lados, pero no la tuve esa suerte, yo criaba a mis hijos, a mi marido no le daban los tiempos, los horarios. Él salía a las doce de la noche y volvía al otro día, ahora estaría durmiendo la siesta, a las cuatro lo tendría que llamar. Y... no era por... estaba trabajando pero... siempre me sentí como viuda, siempre... nunca con el marido al lado, decir... compartimos otra cosa”* [Patricia, 50 años, Viuda]

Respecto de los temas señalados, Catalina Wainerman (2005) señala que, si bien la participación de las mujeres en el mercado de trabajo comenzó a alterar la división tradicional del trabajo por género en el ámbito público de la producción, la misma persiste dentro del espacio privado del hogar familiar, porque sea cual fuere la condición laboral de las esposas, nada las exime de seguir siendo las principales responsables del funcionamiento cotidiano en sus hogares, situación que lleva a describir los procesos de cambio en términos de una revolución estancada. Al respecto, el testimonio de una entrevistada que interrumpió su trabajo durante la crianza de los hijos y luego lo retomó, permite pensar que la posición de las mujeres en el matrimonio y la familia se encuentra sólo al comienzo de un cambio, pues mantienen la responsabilidad de sus funciones, aunque algunas empiezan a ser reconocidas y compartidas: *“Me ocupo de la casa y después voy a trabajar, me encargo de todo, lo de la casa y lo de la familia (...) es una independencia económica el trabajo ¿no? No depender de mi marido, manejar el dinero, compartir las tareas, porque antes eran todas mías las de la casa... Es como que se valoriza más lo que hago, también* [Graciela, 53 años, Casada].

La administración del dinero es un hecho ilustrativo de la distribución del poder y los recursos dentro de la organización familiar que inciden en la configuración y la calidad de los vínculos de pareja. Tal como señalan distintos autores, las mujeres que no participan de las decisiones relativas al dinero ven obstaculizada la posibilidad de relajar su vinculación subordinada y dependiente a la familia y al matrimonio (Beck, 1998). La discriminación material contra la mujer dentro y fuera del espacio privado implica, además, un gran desafío en adquirir los recursos necesarios para el bienestar y el desarrollo de los proyectos vitales (Doyal, 1995). Por otra parte, la presencia de vínculos asimétricos que colocan a la mujer en una posición de inferioridad, subordinación y extrema vulnerabilidad frente a la figura masculina, puede funcionar como el sustento de relaciones conflictivas y de opresión que, en el marco de estructuras familiares jerárquicas, pueden dar lugar a situaciones de violencia y maltrato conyugal (Grosman et al, 1989; Ferreira, 1991; Fernández, 1992; Corsi, 1995). En

esas circunstancias las mujeres ven disminuida su autoestima y su capacidad de acción y tienen dificultades para visualizar alternativas y, más aún, para llevarlas a cabo. Experiencias de este tipo fueron narradas por tres entrevistas que han sido víctimas de diferentes formas de violencia familiar (abuso sexual infantil, violencia física conyugal y maltrato emocional). El testimonio de Adriana, anteriormente citada, es ilustrativo de las situaciones de discriminación material y maltrato, que pone de relieve el dilema que atraviesan algunas mujeres en esas circunstancias, en las que los aspectos que inciden en la voluntad de romper el matrimonio, al mismo tiempo, condicionan las posibilidades concretas de hacerlo: *“Mirá, es lo que hablaba con una amiga el otro día, y no me da vergüenza decírtelo... yo hay días que no me dejan una moneda de un peso (...) Todo es plata, movilizarse es plata (...) entonces como ellos saben que no puedo tomar una iniciativa de esas, me tienen tan agarrada, de todos lados me tienen agarrada a mí, ¿entendés? El otro día dije “yo voy a ir a buscar trabajo” –“¿a dónde vas a ir a trabajar? si vos no podés ni siquiera ir a limpiar una casa, siempre tenés problema de huesos, tenés mucha artritis, artrosis, vas un día y faltás cuatro”, eso me lo dijo mi hija, pero que aprendió a través de todo lo que escucha de mi marido. O sea que todo eso te va tirando, te va... aplastando y aplastando y aplastando (...) porque mi marido dice que lo único que se hacer bien yo es mirar televisión, tomar café y fumar, eso es lo único que hago bien... [Adriana, 54 años, Casada]*

De lo anterior se desprende la importancia que representa para las mujeres el acceso al trabajo remunerado. Amartya Sen (1996) sostiene que el estatus y el poder de la mujer en la familia se relacionan con el rol económico e independencia de las mujeres, aspectos que pueden tener efectos de largo alcance en la repartición de beneficios y quehaceres dentro del hogar propio, aspecto que probablemente sea menos desfavorable para las mujeres si ellas pueden ganar un ingreso fuera de la casa. Pero la posibilidad de ganar un sueldo propio no solamente tiene ventajas materiales. El acceso al trabajo, al igual que la educación, permite adquirir nuevos saberes y conocimientos, crear vínculos, formar parte de redes sociales, desarrollar capacidades, actuar y tomar decisiones, entre muchos otros aspectos. De acuerdo con Beck (1998), el trabajo retribuido tiene un importante valor social y simbólico dado que puede alterar las relaciones de poder en el matrimonio y la familia, permitiendo a las mujeres abandonar el estatus que se les ha asignado. Según el autor, la actividad productiva requiere formación, movilidad, defensa de los propios intereses y ello puede prolongar dentro de la familia el impulso a la individuación. En esa dirección, Sen (1996) sostiene que el aprendizaje que supone dicha experiencia permite ampliar la percepción del mundo, más allá de los

límites del espacio privado. Es por eso que, aún cuando persisten numerosas desigualdades, la presencia de las mujeres en el espacio público es importante.

Cuando ambos cónyuges trabajan y la organización de la vida familiar funciona sobre la base de relaciones igualitarias, puesto que se reconocen los mismos deberes y derechos para las mujeres y sus maridos, el matrimonio representa una fuente de apoyo y cuidados recíprocos. Así lo expresan algunas entrevistadas que trabajan fuera del hogar para quienes la relación de pareja se percibe como una red de contención y sostén afectivo, que se establece a través del buen diálogo, la compañía mutua y los proyectos compartidos; si bien este modelo de pareja basado es representativo de las generaciones más jóvenes. El mismo se ha ido configurando con el correr del tiempo a medida que avanzaba la modernización de las costumbres, y se profundizaban los procesos de individuación y establecimiento de relaciones más equitativas entre los sexos, que contribuyeron a instalar los valores de libertad e igualdad en las relaciones de pareja. Según Flaquer (1998) este tipo de unión, a la que denomina pareja individualista y que tiende a la simetría y la paridad de intercambios, se halla asociada con las familias llamadas de doble carrera, donde ambos cónyuges trabajan y en las que los capitales culturales de los mismos, en especial el de la mujer, son determinantes en los procesos de negociación de las pautas de organización familiar. A estos vínculos Giddens (1995) los denomina relaciones puras y los asocia con el tipo de amor confluyente que, a diferencia del amor romántico -que suponía la eternidad del vínculo y el amor para toda la vida- incluye la posibilidad de ruptura de la relación. En el presente estudio, las experiencias de algunas entrevistadas que se separaron o divorciaron, muestran que la ausencia de los atributos típicos de las relaciones puras y el modelo de pareja individual constituyeron factores asociados a sus rupturas matrimoniales.

Las relaciones familiares en la madurez

La influencia de los cambios sociales y culturales que a lo largo del tiempo han ido imprimiendo una mayor autonomía en las mujeres, se puede observar en el hecho de que, aún cuando las biografías de las entrevistadas revelan historias de bastante sacrificio y postergación, en la madurez de la vida, la mayoría de mujeres parecen adquirir un mayor protagonismo en el modo de vivir el presente, etapa en que algunas vislumbran la posibilidad de modificar situaciones que no las satisfacen del todo. En un contexto social que tiende a relajar las prescripciones culturales para la mujer, las mujeres maduras se encuentran atravesando una etapa de numerosos cambios en sus vidas, donde tienen lugar una serie de balances y revisiones acerca de sus experiencias vividas, que lleva a algunas mujeres a poner

en cuestión los roles asumidos como únicas encargadas de resolver las demandas familiares y a plantearse la necesidad de dedicarse un poco más a ellas mismas. Tales cambios se manifiestan de diferentes maneras, por ejemplo, algunas entrevistadas se proponen realizar diversas actividades que permiten diferenciar el tiempo y espacio personal de aquel que se dedica a la familia: *“Me estoy dedicando un poco a mí, en el sentido de que me voy dos veces por semana a hacer gimnasia, me voy a internet (...) pero también estoy tratando de – “bueno, chicos quieren venir, la casa está abierta”.* Están como viniendo ellos [Estela, 57 años, Viuda]. Otras entrevistadas plantean la necesidad de poner límites a las demandas de otras personas, en circunstancias en que perciben un fuerte desequilibrio en los intercambios. El aprendizaje que implican estas experiencias determinan que algunas mujeres se sientan autorizadas a decir que no a ciertas cosas: *“Hago lo que siento deseos de hacer, aprendí también a decir algunas cosas que no, porque yo era todo del sisismo, todo que sí, aunque no pudiera. (...) Pero eso lo aprendí ahora a los 60 años, toda mi vida había sido igual [Carmela, 60 años, Casada].* La posibilidad de poder encarar las cosas de otra manera, conlleva a que determinadas situaciones en las que las mujeres sintieron que postergaban cosas, dejen de ser asumidas como naturales; en tal sentido, tomar decisiones contribuye a modificar posiciones dentro del entorno familiar: *“En mi familia era todo en mi casa, todo, todo, no era preguntando si se puede, estaba sobreentendido. Ahora no (...) Empecé a poner límites, que antes no los ponía. Entonces, desde ahí dije bueno, soy un poco egoísta [Susana, 50 años, NSE M, Casada].* Estos cambios permiten a las mujeres maduras sentirse a gusto consigo mismas, experimentar una mayor autonomía y una sensación de bienestar general, y transitar esta etapa de sus vidas como una época de aprendizaje permanente y de crecimiento individual, más que de envejecimiento. Sin embargo, estas transformaciones que reflejan la incidencia de la progresiva liberación de las mujeres respecto de los estereotipos tradicionales de género y ciertas formas tradicionales de vida, puede apreciarse más acabadamente en las experiencias de algunas entrevistadas que, voluntariamente o no, ya no viven en unión matrimonial.

Las rupturas matrimoniales

La disolución de las uniones conyugales puede adoptar diferentes modos, puesto que suele ocurrir como resultado de situaciones de separación o divorcio y viudez, acontecimientos que representan experiencias de vida diferente y tienen significados distintos, más allá de algunas consecuencias que poseen en común. Como ya ha sido mencionado, las

entrevistadas que han atravesado esas situaciones representan casi la mitad de la muestra, son catorce en total, de las cuales seis están separadas o divorciadas y ocho enviudaron. La escolaridad no difiere según el estado civil, aunque sí se observan diferencias en el nivel socioeconómico y la situación ocupacional actual: mientras la mayor parte de las mujeres separadas y divorciadas pertenecen a los estratos socioeconómicos bajos y medios bajos y trabajan fuera del hogar, la mayor parte de las mujeres que enviudaron poseen mayores recursos socioeconómicos y sólo la mitad trabaja.

El momento de las rupturas matrimoniales de las entrevistadas tuvo lugar tanto en etapas tempranas del curso de vida familiar caracterizadas por la presencia de hijos pequeños en periodo de crianza, como en etapas más tardías, cuando algunos de los hijos ya alcanzaron la mayoría de edad e incluso dejaron de vivir en el hogar materno. Las situaciones de disolución temprana de la unión abarcan a siete mujeres (4 separadas / divorciadas y 3 viudas) cuyas edades en el momento de la ruptura se situaban entre los 29 y los 36 años, y cuyas uniones tenían de 11 a 18 años de duración. Por su parte, las experiencias de rupturas tardías abarcan a otras siete entrevistadas (2 separadas / divorciadas y 5 viudas) que en ese entonces tenían de 41 a 58 años y llevaban de 23 a 40 años de matrimonio. A pesar de que no se dispone de una exhaustiva información que permita aseverar con exactitud cuáles han sido las razones que motivaron las separaciones o divorcios, cuya comprensión más acabada requeriría, además, considerar las particularidades de las historias de vida, las variables de la personalidad y las circunstancias sociales y familiares específicas (aspectos que exceden el alcance del presente trabajo); de los relatos surgen indicios que permiten asociar tales rupturas con diferentes acontecimientos que dan cuenta de la presencia de una fuerte asimetría en las relaciones conyugales. El caso más elocuente es el de una entrevistada de estratos socioeconómicos medios que durante once años de matrimonio estuvo sometida a situaciones de violencia física por parte de su marido -con problemas de alcoholismo- de quien se divorció en el momento del nacimiento de su segunda hija, cuando el problema dejó de estar oculto. Su testimonio pone de manifiesto las dificultades que tienen las mujeres de poder revelar este tipo de problemáticas socialmente aprendidas y generacionalmente reproducidas, cuyo desarrollo se sustenta en una ideología de la desigualdad de género, que hace que tales hechos se perciban como naturalizados: *“El consejo de mi mamá cuando me casé fue que el hombre tenía que ser como un hijo, marido, padre y amante. Entonces creí que era común (...) Yo creí que era lo normal, aparte lloraba a escondidas, porque creía que mi papá le pegaba a mi mamá [Matilde, 64 años, Divorciada].* La historia de Matilde también muestra que la presencia de redes de apoyo familiar y social incide favorablemente en la salida de esas

situaciones de indefensión y aislamiento, contribuyendo a que las mujeres puedan poner fin a relaciones de sufrimiento y opresión.

Cuando las mujeres perciben que los deberes y las obligaciones de los cónyuges que el matrimonio define en tanto institución normativa, se distribuyen de manera desigual determinando una situación desfavorable para sus vidas, la separación y el divorcio constituyen el modo de modificar esa posición. Los testimonios de varias entrevistadas dan cuenta del deterioro que sufren los vínculos conyugales cuando no se establecen lazos de solidaridad y cooperación entre los miembros de la pareja. Tal como sostiene Doyal (1995) esa situación tiene efectos aún más negativos cuando a pesar de la importancia del trabajo realizado, éste no es reconocido y las compensaciones que las mujeres reciben pueden no ser distribuidas de acuerdo a sus necesidades. Los testimonios de las entrevistadas aluden al trabajo reproductivo, culturalmente asignado a las mujeres, que incluye la reproducción biológica y social, y tal como ha hecho visible la perspectiva de género, se caracteriza por ser de tiempo completo, invisible y no remunerado: *“Todo pasaba por mí... o a lo mejor yo también permití ¿viste? Yo era la primera en ponerme y hacer yo, y si yo no lo hacía los demás tampoco (...) yo pienso que la mujer cuando, por ejemplo, tenemos un chico o dos, tenés que levantarte más temprano, despertar a tu marido, desayunar tu marido, tus hijos, llevarlos y agarrar el cochecito tipo mudanza, con el pañal, la mamadera, el bebeseat. Era... como llevar una carga ¿viste? dos chicas chiquitas (...) me di cuenta que le faltaba un poco esa iniciativa, a veces, yo digo, tenía tres hijos más que un marido”*[Claudia, 54 años, Separada]. En otras ocasiones, la ruptura matrimonial también se produce en circunstancias en las que existen desequilibrios en torno al trabajo productivo, en la medida en que el matrimonio no funciona sobre la base del modelo esperado –en el que los dos cónyuges trabajan-, lo cual conlleva a que no exista la misma satisfacción por ambas partes: *“Yo en ese momento elegí dos desastres (...) eran dos trepadores, tipos vagos, sin plata, no trabajaban (...) Yo luché tanto con cada uno de los padres de mis hijos para que me dieran un mango para que me pasaran una cuota, para que los mantuvieran, luché tanto con el régimen de visita, fue todo tan tortuoso”*[Leila, 59 años, Divorciada]. Leila es una de las dos entrevistadas que han atravesado por dos situaciones de separaciones y divorcios en sus vidas y han tenido hijos de cada una de esas uniones. En resumidas palabras, las experiencias de todas las entrevistadas que se separaron y divorciaron permiten constatar que esos tipos de rupturas de la unión no siempre connotan situaciones negativas, dado que permiten poner fin a relaciones poco felices e insatisfactorias.

¿Cuáles han sido las vivencias de las mujeres que enviudaron? En todos los casos, la viudez se produce como resultado de enfermedades crónicas, como el cáncer de pulmón y la hipertensión arterial, principales causas de muerte de los cónyuges. Los relatos de las entrevistadas acerca de estas experiencias dan cuenta de los numerosos y diversos efectos que los episodios vinculados con la enfermedad producen tanto en la vida cotidiana como en los vínculos familiares y de pareja. Varias entrevistadas que han asistido a sus maridos ante enfermedades crónicas y prolongadas señalan esta situación como un factor condicionante de sus propias vidas, especialmente cuando no se cuenta con suficiente apoyo para la provisión de los cuidados necesarios. El siguiente testimonio ilustra los efectos negativos que esas circunstancias también pueden generar para la salud de las mujeres, quienes tienen dificultades para percibir cambios en su estado de salud y adoptar medidas orientadas a la prevención y la atención médica: *“No tuve tiempo de darme cuenta qué me pasaba a mí, porque no vivía para mí, vivía exclusivamente para él (...) antes lo primordial era él yo nunca me enfermaba de nada. Fíjate que ahora hasta gripe tuve con fiebre, yo nunca tuve fiebre, nunca, parece que tenía que estar de diez. Es más, mi historia clínica se abre a partir de la enfermedad de él básicamente. Porque estaba en blanco, años...”* [Elvira, 62 años, Viuda]. Testimonios como éste vuelven a poner de manifiesto la abnegación con que las mujeres han desempeñado los deberes derivados del papel de esposas, atributo que se asocia con la naturalización de las tareas de cuidado que, como sostiene Viveros (1999), conlleva el riesgo de la postergación del cuidado personal, hecho que las mujeres también suelen interiorizar como algo natural.

Las entrevistadas que enviudaron y aquellas que se separaron o divorciaron en una etapa temprana de la vida familiar describen experiencias semejantes referidas a las estrategias que han podido desarrollar para llevar adelante a sus hogares y cumplir con la crianza de los hijos. Los relatos aluden a la figura de los propios padres de las entrevistadas, en ocasiones las suegras, y las amistades, como aquellos otros significativos que les brindaron apoyo y contención a las mujeres en los momentos más difíciles: *“Me dediqué a educar a mis hijos y a trabajar, nada más... Trabajaba todo el verano en colonias de vacaciones para juntar plata, me llevaba a los chicos a la colonia (...) Yo tenía una íntima amiga, que me los llevaba de vacaciones, y yo me iba los fines de semana* [Silvia, 60 años, Viuda]. La importancia que reviste la presencia de redes de apoyo también es señalada por las mujeres cuyas uniones se disolvieron en etapas más tardías de la vida, quienes mencionan a las amistades como la principal fuente de sostén emocional y afectivo. Tales resultados también

son señalados en otras investigaciones que indagaron el fenómeno de la de ruptura (Raimondi, 2005).

Con excepción de una entrevistada que quedó viuda a los 58 años, luego de que todos sus hijos partieran del hogar, todas las demás mujeres que enviudaron o se separaron y divorciaron continuaron viviendo junto a sus hijos en el momento de la ruptura. Tal como ha sido señalado, sólo dos entrevistadas volvieron a convivir en pareja y tuvieron otros hijos en el marco de esas nuevas uniones, las cuales también fueron disueltas de manera voluntaria. En ambos casos, las primeras rupturas se produjeron en etapas tempranas del curso de la vida de las mujeres, aspecto que ha sido identificado como un factor asociado a la reincidencia matrimonial (Street y Santillán, 2005). Sin embargo, no todas las trayectorias de las entrevistadas que enviudaron y se separaron o divorciaron en etapas tempranas siguieron el mismo itinerario. Algunos testimonios muestran las dificultades para establecer una nueva relación que se les presenta a algunas mujeres con hijos pequeños que, además, en ocasiones, también están atravesando una etapa de crecimiento profesional: *“Cuando mis hijos eran chicos, empezamos a salir, a tener una amistad divina, él era viudo, y tenía dos hijos del primer matrimonio. En un momento dado, se me dio por pensar, los míos, los tuyos y los nuestros, y yo que estaba en mi pleno apogeo de la educación física, le dije, -conmigo no vas a poder formar un hogar así que, qué te parece si nos separamos”* [Silvia, 60 años, Viuda]. Otros testimonios también permiten vislumbrar que, al parecer, algunas mujeres tienen menos preferencias por unirse con hombres que están viudos, separados o divorciados y han tenido hijos de otras relaciones: *“He tenido dos parejas, que siempre he sacado lo positivo, gente buena, gente conocida, no me da la gente que no conozco, (...) lo que sí te digo, recién separados; vas a ser más psicóloga que novia o que amante”* [Estela, 57 años, Viuda]. Por último, también se registra el caso de una entrevistada que luego de la primera ruptura, que se produjo a edades más avanzadas (41 años), tuvo dos parejas con las que convivió sin tener hijos (la última relación se disolvió por causa del fallecimiento del compañero). En síntesis, aunque la ausencia de convivencia no significa necesariamente la ausencia de relaciones afectivas, las experiencias de las entrevistadas muestran que muy pocas mujeres volvieron a vivir en pareja con posterioridad a sus rupturas matrimoniales: fueron tres casos, aunque ninguna de esas uniones se mantiene en la actualidad.

Si se analiza la composición del hogar de las entrevistadas en el presente, se observa que en la madurez de la vida las mujeres viven solas (3 separadas y divorciadas contra 2 viudas) o residen junto con alguno de sus hijos, que es la situación más frecuente en la submuestra analizada (6 viudas contra 3 separadas y divorciadas). La prolongación de la

presencia de los hijos en el hogar materno ha sido interpretada como consecuencia de la mayor permanencia de los jóvenes en la educación y de las dificultades de inserción en el mercado de trabajo, aspectos que demoran la partida del hogar y pueden dificultar sus posibilidades de independencia y autonomía (Flaquer, 1998). Al igual que lo encontrado en otros estudios, como el de Rosa Geldstein (1994), en este trabajo se observó que para algunas mujeres maduras que encabezan solas sus hogares, la presencia de los hijos constituye un elemento ordenador de la vida con efectos positivos, en la medida que implica la continuidad de las funciones y los papeles femeninos, lo cual contribuye a afirmar su identidad y a sentirse socialmente útiles y activas: *“Yo estoy con mis hijos en mi casa, sigo..., ya te digo, lo único que me falta es mi marido, nada más, para tener la vida que puede tener cualquier otra mujer, pero yo pienso, mañana cuando se casen estos dos... ahí...”* [Patricia, 50 años, Viuda]. A medida que los hijos crecen, los hijos jóvenes y adultos comienzan a asumir algunas responsabilidades, colaboran en los quehaceres domésticos y pueden aportar ingresos al hogar. Estos arreglos familiares adquieren especial relevancia para estas mujeres, que mencionan los intensos lazos de solidaridad que establecieron con sus hijos. El estudio realizado por Geldstein (1994) sobre familias de sectores populares con liderazgo femenino, reveló el fuerte sentimiento de autoestima y autovalía que han desarrollado las mujeres que han podido sacar adelante a sus hogares y a sus hijos ante la ausencia del jefe varón, aspectos que también se observan en el presente trabajo: *“Yo les dije a mis hijos -“se nos cayó el techo de la casa y quedamos las cuatro paredes”- y entre todos la construimos y nos reunimos. Y eso fue lo que nos hizo salir adelante, nos queríamos, pero después de la muerte de mi marido fue como una cosa más... en la vida nadie podía derribar ese amor de madres e hijos...nadie. Hubo problemas de afuera, pero nosotros... mis hijos conmigo y yo con ellos* [Patricia, 50 años, Viuda].

Si bien el vínculo con los hijos es una fuente de gran satisfacción para las mujeres, la presencia de hijos adultos en el hogar en ocasiones puede dificultar la planificación y desarrollo de proyectos personales igualmente gratificantes para sus vidas. Suele ocurrir que las dificultades económicas de los hijos con frecuencia determinan la cohabitación de sus hogares junto al hogar materno: *“La única preocupación que tengo, realmente, es mi hija, que hace cuatro años que no trabaja, es una chica muy dependiente mía...”* [Elvira, 62 años, Viuda, vive con su hija menor de 34 años]. Este modo de residencia compartida también se produce en circunstancias de rupturas matrimoniales de los hijos, quienes muchas veces vuelven a vivir con sus padres. Esta situación caracteriza la vida familiar de dos entrevistadas de estratos socioeconómicos medios-bajos, que están separadas y son las principales

proveedoras de sus hogares. Sus vivencias personales revelan una situación de vulnerabilidad y falta de autonomía que les impide disponer de tiempo y espacios propios: *“Yo no tengo tiempo, aparte mi nieto está esperando que yo llegue y se viene para acá, tengo que preparar la comida para él también, a la noche, viste, ya se queda conmigo (...) No, no hago nada, para mí no hago nada [Ester, 56 años, Separada, vive con su hijo menor y comparte su vivienda con su hija, su yerno y sus dos nietos].* El testimonio de otra entrevistada que vive con sus dos hijas -una de ellas separada- y su nieto, pone de manifiesto las mayores dificultades que enfrentan estas mujeres para llevar a cabo actividades que las gratifican así y como para dirigir acciones orientadas al propio cuidado, situaciones que pueden perjudicar su salud: *“Me está pasando que tengo que ir al dentista, al flebólogo, uno va dilatando cosas con el tiempo por eso uno a veces tiene que empezar a decir bueno me tengo que dedicar también al problema mío, de salud (...) por lo menos a mí me pasa que no me dan los tiempos. Además, bueno, estoy sola más que nada, tengo a mis hijas, a mi nieto, pero viste estoy llevando adelante mi casa, porque estoy separada así que... [Claudia, 54 años, Separada].*

Pero aún cuando los hijos parten del hogar, se casan, tienen hijos y trabajan, las mujeres continúan ocupando un rol central como fuente de sostén de sus hogares, brindando apoyo e incluso reemplazándolos en el cuidado del hogar y de sus pequeños hijos. El papel de abuelas que muchas mujeres asumen en esta etapa de sus vidas prolonga sus roles maternos y también las sitúa frente a nuevas exigencias y demandas, incluso por fuera de los límites de la coresidencia: *“Tengo tres varones, de 29, 27 y 26. El de 27 con dos chicos, de 3 años y 1 año y medio, que vive en San Justo con la consuegra, mi nuera es contadora, yo lo digo, porque todas las chicas que estudian hacen bien, que trabajen, bueno, después corremos las abuelas y no nos damos los tiempos [Estela, 57 años, Viuda].* Además, en el hogar de algunas entrevistadas también se observa la presencia de otros adultos mayores, a quienes las mujeres se ocupan de proveerles atención y cuidado, circunstancia que vuelve a poner de manifiesto que la responsabilidad de por vida de brindar cuidados a otras personas ocupa un lugar central en la vida de las mujeres y que la misma se dirige a diferentes generaciones (hijos, nietos, padres). Respecto de estos temas, un estudio sobre mujeres puertorriqueñas de edad mediana que analizaba su función de proveedoras de cuidados a adultos mayores, reveló distintos niveles de estrés, y situaciones de conflicto y tensión relacionadas con el desempeño de estas tareas (Sanchez Ayéndez, 1999), aspectos a los que también aluden los relatos de algunas entrevistadas que viven con sus madres, quienes expresan sensaciones de malestar en torno al clima familiar de convivencia y las mayores exigencias a las que deben hacer frente: *“Ahora*

estoy pasando momentos muy... con mi mamá, por la edad que tiene, está demasiado contestadora, imagínate que cuando se pasan los 80 (...) empecé a decirle -"bueno, si no te gusta... te vas a la casa de tu hijo, y si no te gusta... es que sos una disconforme, porque acá tenés todo" [Cristina, 64 años, Viuda]. Por último, es importante advertir que las situaciones familiares señaladas abarcan tanto a las mujeres viudas, separadas y divorciadas como a las casadas, aunque es posible suponer que las cargas pueden ser aún mayores para las mujeres que deben llevar adelante sus hogares ante la ausencia de un compañero.

De acuerdo con lo señalado hasta aquí no parecen existir grandes modificaciones en las vidas de las entrevistadas puesto que, pese a los cambios en el estado civil, luego de la disolución matrimonial la mayoría no volvió a formar nuevas uniones y puesto que muchos de los papeles y funciones adoptados a partir del matrimonio se mantuvieron a lo largo de sus vidas. Sin embargo, como se verá a continuación, no todo sigue igual cuando se termina el matrimonio.

Los cambios en las vidas de las mujeres

Las transformaciones más significativas que manifiestan las entrevistadas remiten a un nuevo modo de experimentar el mundo que las rodea. Tales experiencias son comunes a casi todas las mujeres viudas, separadas y divorciadas, y requieren ser interpretadas a la luz de los modelos de género adquiridos en la socialización y los comportamientos y las costumbres de la vida conyugal, prescriptos por el matrimonio según las normas y los valores de la cultura. Tanto la viudez como los divorcios y las separaciones implicaron que varias entrevistadas tuvieran que aprender a valerse por sí mismas y ello tuvo efectos positivos en sus vidas, pese a todos los esfuerzos realizados. Al igual que lo encontrado en otros estudios anteriormente citados (Raimondi, 2005) algunas mujeres tuvieron que trabajar por primera vez, circunstancia que determinó el ejercicio de nuevos roles, su participación en nuevas relaciones sociales, y la adquisición de una independencia económica; aspectos que, además de representar importantes transformaciones en sus vidas cotidianas, les permitió a las mujeres experimentar una mayor movilidad y autonomía, aún cuando algunas refieren las dificultades e incertidumbre experimentadas al comienzo de esos cambios. En el siguiente testimonio se pone de manifiesto la posibilidad de conocer el mundo desde una nueva perspectiva: *"Después de separada ahí empecé a vivir yo, hice todo lo que no podía hacer cuando estaba casada, empecé a salir (...) hice mi vida, la verdad que la pasé bien (...) conocí muchas cosas que no conocía..."* [Dora, 64 años, Divorciada].

En ocasiones en que la viudez tiene lugar en la madurez de la vida, luego de que todos los hijos han partido del hogar, el trabajo fuera de la casa también contribuye a que las mujeres puedan transitar de mejor forma los cambios familiares que suelen acontecer en esa etapa de la vida. En tal sentido, el trabajo incide como un ordenar de la vida cotidiana y permite ocupar el tiempo con actividades, especialmente cuando las dinámicas familiares y ciertas rutinas diarias se ven modificadas por la ausencia de los miembros de la familia. Es válido señalar, que la mayoría de las mujeres entrevistadas, incluyendo a las que están casadas, señalaron que la capacidad de estar activas, constituye uno de los aspectos más importantes para el bienestar de las mujeres en la madurez de la vida: *“Mi vida cotidiana ahora es un alboroto, porque hace siete meses que quedé viuda y empecé entonces a ir a trabajar a la oficina que tenía antes mi marido con mis hijos. Y ahora estoy... incorporándome, buscando un espacio dentro de ese lugar, eh... y me cuesta (...) Yo antes estaba desvinculada de todo, antes era... el che pibe, en general, cuidaba más a mis nietos (...) Yo ahora no me quiero quedar adentro de casa, por otro lado, mis hijos tampoco quieren que yo me quede adentro de casa... es una manera de estar ocupada, sin tener un horario fijo, porque de todas maneras me llaman en cualquier momento, y me piden que vaya a buscar a uno, tengo 6 nietos... a uno o a otro, pero es como que... medianamente me crea una obligación, ponerme de pie a la mañana, y decir bueno... ‘empieza el día’ (...) Por otro lado, no quiero ser la viejita que siempre metás en el auto y me lleven a pasear (...) Es como que trato de buscarme cosas para hacer, no por confundirme, sino... para hacer” [Irene, 59 años, Viuda].*

La situación de tener que afrontar la vida de manera independiente tiene un gran impacto en las entrevistadas que mantuvieron vínculos dependientes con sus parejas, pues el cambio en el estado civil incide en la posibilidad de experimentar la propia individualidad, favorece la toma conciencia de las capacidades y la adquisición de una mayor autonomía. Algunas entrevistadas dicen que ahora se permiten hacer cosas que antes les parecían inadecuadas como, por ejemplo, ir solas a tomar un café: *“Cuando yo conocí a mi esposo tenía 16 años. Yo vengo de una familia tradicional, viste, con todos los cuidados, no salía a la calle. Mi esposo, que era mayor que yo, él navegaba, era un hombre muy formal. Me puse de novia con él y siempre estuve guardada, custodiada. Y así me pasó una vida. Yo compartí cuarenta años con él. Siempre igual. Y de repente me quedé sola, y era un cambio total. Era yo la que tenía que hacer, resolver, decidir, todo me asustaba mucho, viste” [Elvira, 62 años, Viuda].* Las uniones que siguen pautas más conservadoras implicaron numerosas restricciones para algunas mujeres. El relato de Patricia pone de manifiesto algunas imposiciones asociadas

con su vida matrimonial y los cambios que ella experimentó luego de fallecer su marido, cuando debió hacerse cargo de sus hijos y su hogar. Su testimonio refleja el clima de la época de la juventud en la que crecieron algunas mujeres así como la influencia de ciertos condicionamientos culturales: *“Me costó un poco pero salí adelante, no me quedaba otra, aparte tengo una crianza de... yo soy italiana de pura cepa, que la mujer tiene que hacer las cosas de la casa y se tiene que conformar con lo que viene en la vida (...) Yo hice cambios, pero creo que los hice para bien, porque yo tenía diecinueve, veinte años y me sentía vieja cuando estaba casada a como estoy hoy (...) Como que ya te casastes y ponete un pañuelo en la cabeza como los campesinos, un delantal y quedate a fregar en la cocina solamente. Y yo siempre fui una persona que me gustó arreglarme, porque mi papá no me permitía ni siquiera un brillito en las uñas (...) A mi marido lo tenía que empujar mucho, le empecé a pedir que si me dejaba hacerme unos reflejos para disimular las canas, y él me lo permitió hacer. Después cuando él murió... lo que yo quería hacer lo podía hacer... ¿viste ese pájaro que lo sacás de la jaula y que estuvo siempre toda la vida preso?, y se sintió libre, tuve que salir a trabajar y yo no... no salía de mi casa si no me pintaba”* [Patricia, 50 años, Viuda]. En suma, las experiencias narradas por la mayoría de las entrevistadas muestran que el cambio de estado civil producto de las separaciones, los divorcios y la viudez suponen ciertas transformaciones que permiten a algunas entrevistadas mejorar su calidad de vida. Estos resultados también permiten constatar los hallazgos de otras investigaciones que encontraron que las mujeres consideran que su nivel general de vida no sufrió cambios desfavorables, e incluso varias dicen que vieron mejorar su situación después de experimentar la ruptura (Raimondi, 2005: 197).

La predisposición a formar una nueva unión

Una de las consecuencias de la ruptura matrimonial es que da lugar a la posibilidad de formar nuevas uniones. Como ya se señaló, sólo tres de las dieciséis entrevistadas que se divorciaron, separaron o enviudaron volvieron a vivir en pareja, aunque esas uniones también han sido disueltas tras una nueva separación (2 casos) o debido al fallecimiento del compañero (1 caso). En cambio, la mayor parte de las entrevistadas manifestó que luego de la ruptura matrimonial han establecido relaciones de pareja “con cama afuera”, es decir, que establecieron nuevos vínculos afectivos pero por fuera de los límites de la coresidencia. No obstante, es de hacer notar que en el momento de la entrevista, sólo una entrevistada manifestó tener una relación de ese tipo, mientras que las demás declararon no estar en pareja.

Con relación a estos temas surge el interrogante acerca de las opiniones que tienen las mujeres que ya han atravesado una buena parte de sus vidas acerca de las ventajas y desventajas de tener o no tener pareja en la etapa de la madurez. Asimismo, cabe preguntarse si las mujeres adultas consideran o no la posibilidad de establecer una nueva unión en el marco de la convivencia, sobre todo en vistas a los cambios relacionados con la partida de todos los hijos del hogar que, más tarde o más temprano, dan lugar a la denominada etapa del “nido vacío”.

De las conversaciones con las entrevistadas surge que la nueva posición que adquieren las mujeres que enviudaron o que han roto voluntariamente sus matrimonios las lleva a desestimar la posibilidad de volver a vivir en pareja, pues no quieren adquirir nuevas obligaciones. Tales opiniones se observan tanto en las mujeres que viven solas como en las que aún viven con alguno de sus hijos en el hogar: *“Si para encontrar una persona, me tengo que ajustar a horarios, a esta altura de mi vida tener la obligación de estar cocinando, lavando, planchando, cuando gracias a dios no lo hice nunca, bueno, prefiero estar sola y dedicarme más a la familia, y si encuentro una persona de bien, él en su casa, yo en la mía, estoy perfecto”* [Matilde, 64 años, Divorciada]. En un sólo caso, el rechazo a la convivencia se menciona como resultado de las propias convicciones de una entrevista sobre el matrimonio, que sostiene haberse casado una vez y para toda la vida. Por los motivos señalados, la convivencia, entonces, no forma parte de los proyectos vitales de las mujeres maduras, que prefieren vivir solas.

Tres entrevistadas, que tienen edades más avanzadas, ni siquiera consideran la posibilidad de iniciar una relación de pareja. Una de las razones de esa decisión es precisamente el rechazo a asumir ciertas responsabilidades que con el correr del tiempo y los cambios familiares, se han ido atenuando: *“Complicaciones, no. Porque a mi edad no es una diversión, es cuidar un hijo. Que tengas un amigo, que vayas a cenar, que vayas al cine, perfecto. Pero que tengas una compañía al lado y que mañana... A los 60 años, complicaciones, no. En este momento tengo amigos. Mi teoría, ¿sabes cuál es? No lavar calzoncillos y medias (risas)”* [Silvia, 60 años, Viuda]. Las referencias acerca de las ventajas de no tener una pareja en esta etapa de la vida, se asocian con la posibilidad que tienen algunas mujeres adultas de apropiarse de un tiempo y espacio personal y disponer de una mayor libertad para tomar decisiones acerca del uso de esos recursos, que también incluyen la administración de los recursos económicos: *“No, no estoy en pareja, por eso ando por todos lados, no tengo quien me controle (risas). Mi sueldo lo reparto como yo quiero. Nadie me dice “¿a dónde vas?”, no tengo que estar diciéndoles yo “¿puedo ir acá, puedo ir allá? Ahora el mes que viene, salgo de vacaciones, me voy una semana a ver a mi familia, al*

Uruguay. *Y si tuviera pareja, “¿podré ir, no podré ir?” “qué hacemos, que no hacemos”, así no tengo que esperar a nadie. Pero yo soy una persona grande, no es que te tomes este consejo para ti, ¿no? [Juana, 64 años, Separada].* Es decir, que la mayor autonomía que experimentan algunas mujeres luego de la ruptura matrimonial, así como la disminución de ciertas demandas asociadas a los roles de madres y esposas en la madurez de la vida, inciden en que el resultado de los balances realizados signifique la determinación de no establecer nuevos vínculos de pareja.

Por el contrario, la mayor parte de las entrevistadas, si bien se oponen a la convivencia, no renuncian a la posibilidad de tener un compañero. Pero para que eso sea posible las mujeres mencionan ciertas condiciones. Además de habitar en casas separadas, destacan como uno de los principales requisitos que el candidato tenga una buena posición socioeconómica. El fragmento que sigue alude, además, a la percepción que tienen algunas mujeres acerca de los hombres grandes: *“Yo no sé si es que... el hombre grande viene arrastrando una separación y tiene que mantener su casa y no le alcanza. O directamente el que no es nada, no tiene nada, ni siquiera casa... o porque jugó, o porque directamente no tuvo ambición en su vida, mi departamento es mío, me lo compré yo, me mantengo yo con mi trabajo, entonces, bueno, tengo hijas, nietos, no me perdí nada, ya... si las cosas se dan, se dan, y si no bueno, ya está, ya las hice” [Matilde 64 años, Divorciada].*

Se observan matices en la predisposición de las entrevistadas a establecer nuevos vínculos, asociados con diferentes aspectos. Por un lado, las circunstancias materiales de vida condicionan la movilidad de algunas entrevistadas que dicen que para poder estar arregladas, salir y conocer a otras personas se necesita dinero y no todas cuentan con esa posibilidad. Otras mujeres que disponen de esos recursos señalan las dificultades para acceder a redes sociales y espacios de interacción de las personas adultas, circunstancia que se torna aún más compleja cuando el propio núcleo social y de amistades es reducido o cuando no se cuenta con la compañía de otras mujeres en la misma situación. A ello se suma la percepción negativa sobre el mercado matrimonial, donde algunas mujeres se piensan en desventaja debido a su edad, lo cual también actúa como otro condicionante, y lleva a plantear como interrogante si, independientemente de la etapa de la vida de las mujeres, a ellas siempre les resultará más difícil que a sus pares varones, el hecho de encontrar un compañero: *“En general lo que escucho es que la mayoría de los hombres buscan mujeres muchísimo más jóvenes, los que podrían ser para nuestra edad, entonces es difícil formar pareja ¿no? Pero yo deduzco que debe haber alguno o que habrá algunos que buscarán pares, no creo que sea*

todo así pero, bueno, eso es lo que escucho mucho entre mis compañeras, en general, las mujeres de mi edad todas dicen que no hay hombres” [Leila, 59 años, Divorciada].

El temor a reincidir en relaciones insatisfactorias también constituye un obstáculo para comenzar una nueva relación afectiva. Además, el desinterés por mantener relaciones sexuales puede incidir como otro impedimento. Al respecto, cabe advertir que la menor predisposición a mantener relaciones sexuales también se observó en algunas entrevistadas que están casadas, y que la falta de motivación aparece ligada a determinadas problemáticas concretas (problemas de salud, malas experiencias con la sexualidad), así como a las preocupaciones de la vida cotidiana, y en menor medida se asocian con la menopausia, aspecto que ha sido señalado sólo por una entrevistada. Es de hacer notar, asimismo, los riesgos vinculados a la vida sexual que perciben algunas mujeres, que señalan el rechazo por parte de algunos varones maduros al uso del preservativo: *“Algunas veces, me pasó, saliendo con algunas personas, tener un problema. No solamente lo digo yo, lo dicen todos. Acá hay un problema, que después de los cuarenta años nadie quiere usar preservativo, es muy poca la gente grande que usa preservativo, entonces, es como una lucha y es un peligro” [Estela, 57 años, Viuda].* Por último, y con relación al tema del riesgo, otras opiniones revelan que el clima de inseguridad que se percibe en el entorno parece extenderse hacia los vínculos, provocando sensaciones de miedo y desconfianza hacia los otros, que dificultan el desarrollo de relaciones solidarias y afectivas.

No obstante todos los aspectos señalados, en la mitad de la vida, muchas mujeres adultas todavía esperan una segunda oportunidad y manifiestan el deseo de encontrar un compañero con quien compartir la otra mitad de la vida: *“Sueño con mi príncipe azul, porque nunca pierdo las esperanzas de que pueda llegar un amor, yo digo, si es para bien, bienvenido sea, sino que se pierda en el camino” [Patricia, 50 años, Viuda].*

A modo de conclusión

Las trayectorias de las mujeres maduras muestran que la vida conyugal y la organización familiar no siguen un modelo único y lineal de desarrollo. Los testimonios permiten conocer que, pese a los mandatos y las restricciones de la época en que fueron socializadas, varias mujeres lograron poner fin a matrimonios insatisfactorios. La desigualdad en la relación constituyó uno de los principales factores que incidieron en el deterioro de la calidad de los vínculos, determinando las rupturas. La disolución de la unión, como consecuencia de la separación, los divorcios y la viudez, si bien implicó mayores desafíos y

responsabilidades para las mujeres, también significó el debilitamiento de ciertos deberes y obligaciones derivados del papel de esposas, así como el acceso a una mayor autonomía y a un nuevo modo de experimentar la propia individualidad. La mayoría de las mujeres no volvió a vivir en pareja durante los primeros años luego de la ruptura y, en la madurez de la vida, tampoco consideran esa posibilidad. Si bien, la mayor parte ha establecido relaciones de pareja, las ventajas adquiridas determinaron que esos vínculos se desarrollaran bajo la modalidad “pareja con cama afuera”, fenómeno que en otros contextos suele denominarse con el término “Living Apart Together” (LAT). De lo anterior se deduce que la reincidencia matrimonial no forma parte de sus trayectorias conyugales. En la edad adulta, son muy pocas las mujeres que prefieren no tener pareja. Las que sí volverían a tenerla, dicen que lo harían sólo si se cumplen ciertas condiciones como, por ejemplo, habitar en casas separadas, disponer de independencia económica, así como de tiempos y espacios propios. De los relatos surgen otros aspectos que inciden en las decisiones y dan cuenta de las dificultades que atraviesan algunas mujeres maduras para encontrar un compañero: las barreras culturales, además de las demográficas y sociales, que presenta el mercado matrimonial; las carencias económicas; o las propias creencias de las mujeres respecto de los hombres maduros, entre numerosos y diversos aspectos. Las opiniones de las mujeres maduras pueden ser interpretadas como expresión de las transformaciones socioculturales de los últimos tiempos que imprimen e impulsan una mayor autonomía en las mujeres, en un contexto histórico social de mayor libertad en las relaciones amorosas y afectivas, menor estigmatización en torno a las rupturas, y mayor diversidad de formas de vivir en familia. En ese clima, las mujeres adultas atraviesan por un periodo de transición vital importante en el que vislumbran la posibilidad de cuestionar ciertos mandatos familiares y modos de vida socialmente adquiridos, y logran adquirir un mayor protagonismo en sus vidas, que no están dispuestas a perder.

Referencias bibliográficas

- Beck, U. (1998) *La sociedad del riesgo: Hacia una nueva modernidad*. Barcelona, Paidós.
- Binstock, G. (2004) “Cambios en las pautas de formación y disolución de la familia entre las mujeres de la Ciudad de Buenos Aires” en *Población de Buenos Aires*, Año 1, número 0, julio de 2004, pp. 8-15.
- Corsi, J. (1995) *Violencia masculina en la pareja. Una aproximación al diagnóstico y a los modelos de intervención*. Paidós.
- Doyal, L. (1995) *What makes women sic: Gender and de Political economy of health*, Londres, Macmillan. Capítulos 1 y 2. (Traducción).
- Fernández, A. M. (comp.) (1992) *Las mujeres en la imaginación colectiva. Una historia de discriminación y resistencias*, Buenos Aires, Paidós.
- Ferreira, G. (1991) *La mujer maltratada. Un estudio sobre las mujeres víctimas de la violencia doméstica*. Sudamericana.
- Flaquer, L. (1998) *El destino de la familia*. Barcelona, Ariel.
- Geldstein, R. (1994) “Familias con liderazgo femenino en sectores populares de Buenos Aires” en Wainerman, C.H. (comp). *Vivir en familia*. Buenos Aires, UNICEF - Losada.
- Giddens, A. (1995) *La transformación de la intimidad. Sexualidad, amor y erotismo en las sociedades modernas*. Madrid, Cátedra.
- Glasser, B. y Strauss, A. (1967) *The discovery of grounded theory: strategies for qualitative research*. Chicago, Aldine Publishing Company.
- Grosman, C. et al (1989) *Violencia en la familia*. Ed. Universidad.
- López, E.; L. Findling y A. Federico (2000), “Casarse o no casarse? Imágenes sobre la formación de familias”, en *Sociedad*, N° 16, pp. 153-173.
- Mazzeo, V. (1998) "Comportamiento de la nupcialidad en la Ciudad de Buenos Aires en el período 1890-1995. La concepción jurídica de la familia y el concepto de matrimonio a través del tiempo" Informe final de investigación llevado a cabo con subsidio del Programa de Investigación y Desarrollo de la Secretaría de Ciencia y Técnica de la Universidad de Buenos Aires (Ubacyt).
- Macintyre, S. (1992) “Los efectos que el estado civil y la posición de una persona ocupa en la familia tienen en la salud” en *Social Science Medicine*. Vol 35. N° 4.
- Pujadas Muñoz, J. J. (1997) *El método biográfico: El uso de las historias de vida en ciencias sociales*. Cuadernos Metodológicos. Centro de Investigaciones Sociológicas (CIS).

- Raimondi, M. (2005) "Consecuencias de la ruptura conyugal en las condiciones de vida de las mujeres (Área Metropolitana de Buenos Aires, fines del siglo XX)" en Torrado, S. (Directora) *Trayectorias nupciales, familias ocultas (Buenos Aires, entresiglos)*. Buenos Aires, Ciepp - Miño y Dávila.
- Sana, M. (1999) "La segunda transición demográfica y el caso Argentino". Ponencia presentada a la Sesión Regular Paralela 1: "Formación de la familia y reproducción", V *Jornadas Argentinas de Estudios de Población*, Luján, 6 al 8 de octubre de 1999.
- Sánchez Ayéndez, M. (1999) "Mujeres puertorriqueñas de edad mediana como principales proveedoras de cuidado a adultos/as mayores" en Gómez, A. (ed) *La revolución de las canas: reflexiones y experiencias sobre envejecer en las mujeres*. Santiago de Chile, Red de Salud de las Mujeres Latinoamericanas y del Caribe. Cuadernos Mujer Salud. N° 4.
- Sen, A. (1996) "Faltan más de 100 millones de mujeres" en *La mujer ausente. Derechos Humanos en el mundo*. Ediciones de las Mujeres N° 15 (2da edición). Isis Internacional.
- Street, M.C. y M.M. Santillán (2005) "La primera unión y la ruptura conyugal en el curso de la vida femenino. Algunas evidencias a partir de la ESF" en Torrado, S. (Directora) *Trayectorias nupciales, familias ocultas (Buenos Aires, entresiglos)*. Buenos Aires, Ciepp - Miño y Dávila.
- Torrado, S. (2000) "Antes que la muerte lo separe. La nupcialidad en la Argentina durante 1960 – 2000" en *Sociedad*, N° 16, pp. 115-139.
- Torrado, S. (Directora) (2005) *Trayectorias nupciales, familias ocultas (Buenos Aires, entresiglos)*. Buenos Aires, Ciepp - Miño y Dávila.
- Viveros, M. (1999) "Saberes y dolores secretos. Mujeres, salud e identidad" en Arango, L. G; M. León y M. Viveros (comp). *Género e identidad. Ensayos sobre lo femenino y masculino*. Bogotá, Colombia, TM Editores, Ediciones Uniandes y Género, mujer y Desarrollo.
- Wainerman, C. H. (comp.) (1994) *Vivir en familia*, Buenos Aires, UNICEF- Losada.
- Wainerman, C. H. (2005) "Ha cambiado el paradigma de familia". Artículo publicado en *La Nación*. Sección Ciencia y Salud. 5 de Noviembre de 2005.